

LA ILUSTRACIÓN EN ARAGÓN

JOSÉ A. FERRER BENIMELI | UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española tiene una doble definición de la *Ilustración*. En la primera, es considerada como un movimiento filosófico y literario del siglo XVIII europeo y americano que se caracteriza por la extrema confianza en la capacidad de la razón natural para resolver todos los problemas de la vida humana. Y en la segunda identifica la Ilustración con la época de la cultura europea y americana en que prevaleció ese movimiento intelectual.

Estamos, pues, ante una tendencia filosófico-literaria del siglo XVIII europeo y americano en la que lo fundamental es la importancia dada a la razón natural para afrontar y resolver todas las cuestiones que se planteaban al hombre de entonces. Razón que se equipara con la luz que ilumina el espíritu. De ahí que la *Ilustración* en todos los países europeos esté relacionada con la expresión luz, pero no la luz de la fe, sino la luz de la razón. Así, lo que en España recibe el nombre de *Ilustración*, en otros lugares lo hace con el de *Aufklärung*, *Iluminismo*, *Enlightenment*, *Lumières*...

La meta que se proponía este movimiento filosófico-literario era lograr la felicidad pública, alcanzando un nivel de vida superior en el orden material. Para ello era necesaria una transformación social y económica de la sociedad hecha desde la reflexión personal y al margen de posibles directrices político-religiosas.

Kant dice que la Ilustración es la salida voluntaria del hombre de su minoría de edad. Y entiende por «minoría» la incapacidad de servirse del entendimiento sin la dirección de otro. Aquí el 'otro' es fácilmente asimilable al Rey y la Iglesia, en cuanto símbolos del poder absoluto. Y cuando apunta a que la salida del hombre de su minoría de edad debe de ser voluntaria nos está diciendo que la causa de esta 'minoría de edad' no reside en una deficiencia del entendimiento, sino en la falta de valor y decisión para servirse de él sin la dirección de otro. Idea que sintetiza en el conocido *sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento!, que se convertirá en la divisa de la Ilustración.

La Ilustración promoverá, pues, el análisis y la discusión de todo, convirtiendo a la razón en el principal instrumento de búsqueda. Filosóficamente la Ilustración rompe con el sistema metafísico como forma de conocimiento y acude al método analítico e inductivo conciliando lo positivo con lo racional. Por eso el siglo XVIII es considerado también como el gran siglo científico, pues centró su interés en las ciencias biológico-naturales y físico-químicas por medio de la experimentación y la observación. Paralelamente mostró también inclinación por las técnicas aplicadas sobre todo a la agronomía, la mecánica, la metalurgia y el transporte.

Los medios de difusión de estas ideas fueron fundamentalmente las llamadas en Francia Sociedades de pensamiento, y en España las Sociedades Económicas de Amigos del País (comparables a las francesas Academias Provinciales), los Salones de lectura, las Tertulias, Museos, Escuelas, Academias, Teatro, Prensa, etc.

Sociológicamente la Ilustración se caracteriza por el proceso ascendente de la burguesía, de los intelectuales y de los burócratas en el aparato estatal frente a la aristocracia, hasta entonces el más firme aliado de la monarquía.

La creencia en el progreso y en la perfectibilidad de la sociedad humana dio un cierto tono de optimismo a la Ilustración. Pero frente al optimismo providencialista y a la euforia de las Luces o Ilustración, representada por el 'absolutismo ilustrado' de Federico II de Prusia, José II de Austria, Catalina II de Rusia, Carlos III de España... que entendían el dicho 'absolutismo ilustrado' con la fórmula ya conocida de «todo para el pueblo, pero sin el pueblo», surgirá una oposición y contestación radical conocida como el *Sturm und Drang* («tempestad y asalto»), título de una obra de teatro de Klinger, que dará paso y origen al romanticismo de Schiller, Herder, Jacobi, Hamaann... Y que en España será conocido como el romanticismo reaccionario, cuyos orígenes en el matrimonio Böhl de Faber ha estudiado con el acierto que le caracteriza el profesor Guillermo Carnero.

Pero, incluso en la Francia de las Luces (*Lumières*), las ideas políticas dominadas por el protagonismo de la burguesía que precedía y preparaba la revolución no tienen un denominador común homogéneo en su concepción ni en su interpretación. Ya que la nueva burguesía representada por los filósofos es vista de diferente forma por algunos de los más representativos como Montesquieu, Voltaire, D'Alembert, Helvetius, Diderot y Rousseau.

Montesquieu tenía una idea quasi aristocrática de la monarquía y defendía las prerrogativas de los parlamentarios. Pero Voltaire estaba en contra de los parlamentarios nobiliarios y en contra de un poder central fuerte. Por su parte D'Alembert y Helvetius sostenían la causa de Federico II. Y Diderot, con su concepto político subordinado a la economía, simpatizaba con la monarquía inglesa, aunque también con el absolutismo de Catalina II. Final-

mente, Rousseau —a diferencia de Voltaire— rechaza categóricamente todas las formas de absolutismo y muestra cierta comprensión por la política de la nobleza polaca.

Lo que ocurre en Alemania con el *Sturm und Drang* y en Francia con los filósofos lleva a la conclusión de que no se pueden hacer generalizaciones. Y de la misma forma que el hombre de la Ilustración no es el hombre del siglo XVIII, tampoco la Europa de la Ilustración coincide con la Europa geográfica y demográfica, y ni siquiera con la Europa de la cultura en su totalidad a la vista de la actitud de los prerrománticos no conformistas de Alemania. Incluso cronológicamente el acento hay que ponerlo más en la segunda mitad del XVIII que en el resto del siglo.

El espacio-tiempo del XVIII no presupone, pues, ninguna unidad cultural o política ilustrada. Los mismos Estados más o menos unificados o desarrollados tienen grandes diferencias sociales y políticas, que en el caso de España se acentuaron por la Guerra de Sucesión que enfrentó a borbones y austracistas, y que llevó a la pérdida de fueros y privilegios en los reinos de la Corona de Aragón.

En el otro extremo de Europa, en Hungría, grupos ilustrados de la nobleza querían renovar y modernizar la antigua estructura nobiliaria elevándola a un nivel superior para así hacerla capaz de rivalizar con el absolutismo ilustrado. Pero frente a ellos, otros nobles reformistas, así como intelectuales que no pertenecían a la nobleza, adoptaron la verdadera ideología burguesa de las Luces, que tenía como finalidad las reformas sociales y políticas tan necesarias.

Por otro lado, Hungría era un Estado multinacional con aspiraciones lingüísticas y literarias que estuvieron en el origen de movimientos nacionales y políticos (eslovacos, serbios, croatas, rumanos...), movimientos que nacieron bajo el signo de la Ilustración en contra del movimiento nobiliario nacional y centralista húngaro. Realidad histórica que ha hecho que los historiadores húngaros, antes y después de los famosos congresos de Matrafüred, hayan sido los más fervientes defensores de la expresión 'Absolutismo Ilustrado' frente a la de 'Despotismo Ilustrado' más utilizada en el Occidente europeo.

Pero viniendo a España, que en algunos aspectos coincide con lo sucedido en Hungría, al igual que tiene su propia cronología de las Luces, existe también una geografía de la Ilustración, o, como dice el título de este curso, hay «Geografías de la Ilustración» con sus peculiaridades específicas.

Debido al importante papel atribuido a Madrid, se llegó a creer durante algún tiempo que las «Luces» se habían propagado del centro a la periferia. Hoy día, mejor estudiados los hogares de la Ilustración regional es incontestable que las Españas periféricas contribuyeron con una aportación muy

importante y heterogénea a través de los principales protagonistas de la Ilustración.

Basta hacer un rápido —y, por lo tanto, incompleto— repaso del origen geográfico de algunos de ellos para ver que nos remiten a Asturias: Campomanes y Jovellanos; Murcia: Floridablanca; Galicia: Feijoo y Sarmiento; Aragón: Aranda, Roda, Pignatelli y los Azara; Cataluña: Capmany, Finestres, Cerdá, Masdeu, Climent; Valencia: Mayans, Perez Bayer, Cavanilles y Andrés Piquer (que aunque nacido en Aragón desarrolló gran parte de su actividad en Valencia); País Vasco: Peñaflores, Olano, Moyua, Ibáñez de la Rentería; Cádiz: cabecera del comercio clandestino de libros prohibidos..., etc. Y entre los españoles americanos hay que citar al peruano Olavide, sin olvidar la riqueza intelectual de La Habana tan magistralmente revivida en *El siglo de las Luces* de Alejo Carpentier y todavía hoy visible en La Habana del XVIII español en la otrora llamada avenida de Carlos III, hoy de Salvador Allende.

Y si de las personas pasamos a las geografías hispanas de la Ilustración, nos encontramos con variantes tan llamativas como las existentes en Cataluña, País Vasco y Aragón, o en el vecino Portugal de Pombal. Pues frente al movimiento cultural y renovador de la fecunda *Renaixensa catalana* y a la eclosión intelectual y reformadora en el País Vasco, liderada por la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, en Aragón tenemos que plantearnos si existió una verdadera Ilustración aragonesa, o más bien, al igual que ocurre en otros lugares, ésta es fruto de la historiografía posterior. De lo que no hay duda es de que estamos ante una serie de ilustrados aragoneses cuya actividad se desarrolló en gran medida fuera de Aragón, pero que siempre tuvieron muy presente su origen y buscaron el engrandecimiento de su patria, meta también de los esfuerzos renovadores de las instituciones que con este fin se crearon.

En cualquier caso, en Aragón la historiografía romántica posterior o incluso la contemporánea no ha pretendido manipular el pasado otorgando a Aragón un especial protagonismo en la Ilustración española, ni una conciencia identitaria, ya que no necesitaba enfrentarse, ni rivalizar con el centro ni con la periferia. Más aún, algunos de los ilustrados e instituciones aragoneses sufrieron la oposición de los propios Ayuntamientos que hicieron frente común contra la reforma gremial; de la Universidad por la competencia de las cátedras y enseñanzas impartidas fuera de ella; e incluso de la Real Audiencia retrasando disposiciones legales propuestas por los ilustrados. Sin olvidar la actitud de algunos sectores de la Iglesia, representados por fray Diego de Cádiz que trató de herética la forma de ser y pensar de los ilustrados aragoneses, y en especial del economista Normante. Por su parte, el trinitario P. Rivera de la Universidad de Salamanca se opuso a la autorización de la zaragozana Academia del Buen Gusto, argumentando

que el conde de Fuentes y demás demandantes revelaban propensión a los enciclopedistas, siendo Muratori quien les había trastornado la cabeza con su obra *Reflexiones relativas al buen gusto en las ciencias y en las artes*, añadiendo que la Universidad de Salamanca era el único modelo que se debía seguir en materia de enseñanza no necesitándose para nada métodos nuevos ni nuevas academias.

ILUSTRACIÓN EN ARAGÓN

En general, al igual que en resto de España, los efectos de la Ilustración se manifiestan en Aragón, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XVIII, con especial incidencia en la década de 1780. Y también en Aragón se hizo más visible la Ilustración en aquellas instituciones que se constituyeron como plataforma de reformas en beneficio de la felicidad pública, es decir, para alcanzar un nivel de vida superior tanto en el campo como en las ciudades. Instituciones que abogaban por un aumento y mejor distribución de los recursos. Pero para transformar las actividades productivas era fundamental mejorar la información y la educación. El «florece fomentando» que se convertiría en el lema de tantas instituciones de la época.

En Aragón la Academia del Buen Gusto fue pionera siguiendo la costumbre, tan enraizada en España, de las «tertulias». Tenía sus reuniones en el palacio del conde de Fuentes, en el Coso zaragozano donde un grupo de ilustrados aragoneses hablaban y discutían de economía, industria, literatura, artes y ciencias. La idea del «fomento» estaba presente en todos ellos. Se criticaban los libros que allí se leían, para así adquirir nuevos conocimientos, cultivando las ciencias y las artes. A pesar de algunos informes negativos —como hemos visto—, acabó siendo autorizada por Carlos III en 1759. Inocencio Camón, autor de las *Memorias literarias de la Universidad de Zaragoza*, fue miembro fundador y su secretario. El 8 de agosto de 1760 empezó en ella la lectura de su *Disertación del origen, progresos y utilidad de la Arte literaria*.

Se puede considerar esta Academia del Buen Gusto el origen de la que más tarde sería la institución más representativa de la Ilustración aragonesa: la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, fundada en 1776 siguiendo las directrices del *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, de Campomanes (1774) y a imitación de la Bascongada constituida unos años antes en Vergara por el conde de Peñafloreda, y cuyos fines eran «fomentar, perfeccionar y adelantar la agricultura, la economía rural, las ciencias y las artes y todo cuanto se dirige inmediatamente a la conservación, alivio y conveniencia de la especie humana».

En consecuencia, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País —estudiada en profundidad por el profesor José Francisco Forniés

Casals— se propuso como fin primordial fomentar el conocimiento y desarrollo de las fuentes de riqueza del Reino de Aragón.

Los principales campos en los que la Económica aragonesa diversificó sus actividades fueron la agricultura, la industria, la economía política, la educación, la sanidad y la asistencia social. En el terreno de la asistencia social tuvieron especial cuidado por la educación de los niños en el trabajo a través de la Real Casa de Misericordia, financiada en parte por la plaza de toros que se construyó con este fin. Tanto la población mendicante como la vida de los presos también recibió la atención de la Económica con la ayuda de la industria manufacturera de paños y lonas.

Otra de las preocupaciones de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País fue la sanidad pública, fomentando el análisis de la potabilidad de las aguas en los centros de población, e implantando la vacuna en la lucha contra las endemias, especialmente la viruela. También se ocuparon de los manantiales de aguas medicinales.

Pero a lo que los ilustrados de la Económica dedicaron más atención fue a las escuelas de Química, Física, Botánica, Dibujo e Hilado, y en especial a la Cátedra de Economía Civil y Comercio, la primera que se creó en Aragón y España. Las enseñanzas que se impartieron desde la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País abarcan un amplio abanico que comprende las Matemáticas: Algebra, Trigonometría y Geometría; la Estadística, Agrimensura, Arquitectura civil y militar, Derecho público y Filosofía moral, así como el estudio de las Nobles Artes a partir del dibujo, imprescindible no sólo para los artistas, sino para el perfeccionamiento de las técnicas fabriles de menestrales y artesanos.

Entre 1776 y 1800 hubo 85 socios en la Económica por donde pasó lo más representativo de la nobleza aragonesa empezando por nueve de los diez Grandes de España de primera clase que hubo en Aragón, así como cinco de los de segunda clase. El clero también ocupó un lugar destacado, ya que el 20 % de los miembros de la Económica eran clérigos. Los más activos fueron el obispo Agustín Lezo y Palomeque, y canónigos como Juan Antonio Hernández y Pérez de Larrea, Antonio Arteta y Ramón Pignatelli de Aragón y Moncayo (1734-1793). Este último es el prototipo de noble, clérigo y político ilustrado aragonés. Fue uno de los fundadores de la Económica Aragonesa, rector de la Universidad, canónigo de la metropolitana, regidor de la Casa de Misericordia, protector y principal impulsor del Canal Imperial de Aragón y del Real de Tauste dedicado a la navegación y regadío, a los que el conde de Sástago dedicó una pionera *Descripción de los canales Imperial de Aragón y Tauste*, publicada en Zaragoza en 1796, reeditada en facsímil en 1984 y a la que el profesor Guillermo Pérez Sarrión ha dedicado especial atención.

Con estos canales se pretendía favorecer al labrador frente a los privilegiados. En el fondo se trataba de una tímida reforma agraria poniendo en regadío en una primera fase (1782) todas las tierras posibles, si bien en una segunda (1783) se exigiría el pago de una contribución por dicho riego. Esta política trajo no pocos pleitos con algunos nobles, como el marqués de Ayerbe y el duque de Villahermosa, así como con el Cabildo catedralicio y con la prepotente Casa de Ganaderos.

La importancia que dio Pignatelli a la navegación en Aragón se aprecia en los diferentes discursos que dedicó en la Económica a la necesidad y ventaja de hacer navegable el río Ebro, y al coste de las exportaciones aragonesas por el puerto de los Alfaques; así como al proyecto y reglamento para la navegación del Canal Imperial, aranceles y derechos de transporte o fletes en las 16 leguas en que se estableció su navegación, así como para la comunicación del mar océano con dicho Canal Imperial de Aragón.

Otros temas a los que se refirió en sus discursos fueron los modelos de tornos para hilar, la rubia y su acción en la tintorería; la supresión de la aduana de Cádiz liberando el comercio con América; los perros vagabundos y caballos y mulas de regalo ociosos que existían en Zaragoza, etc.

Pero la disciplina a la que los ilustrados aragoneses dieron una mayor importancia fue la economía considerada fundamental para lograr la felicidad del pueblo. Economía que se podría sintetizar de una forma muy sumaria en cinco capítulos: cambio de legislación en materia económica; liberalización del comercio y de los productos agrícolas; expansión del artesanado y de la industria; reducción de aranceles; y la concesión a Aragón de salidas al mar Mediterráneo por Los Alfaques y al Cantábrico por Laredo.

El titular de la primera Cátedra de Economía Civil y Comercio en España fue Lorenzo Normante y Carcavilla, nacido en Berdún (Huesca) en 1759 y fallecido en Madrid en 1813. Bachiller en Leyes por la Universidad de Zaragoza y en Jurisprudencia Canónica por la de Huesca. Doctor en Ambos Derechos por la Universidad de Zaragoza, así como en Filosofía y Jurisprudencia. Socio de la Real Academia Jurídico Práctica de Zaragoza y de la Económica Aragonesa de Amigos del País de la que fue miembro de las Juntas de Comercio, Agricultura, Caballería, Artes y Escuelas. Desde su Cátedra de Economía se ocupó del método y de la doctrina que debía guardarse en la enseñanza de la Escuela de Economía Civil y Comercio. En 1784 publicó su célebre *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos Económico-Políticos y la necesidad de su estudio metódico*. Y un año después *Proposiciones de Economía Civil y Comercio*, reeditada recientemente en la Biblioteca Ernest Lluch de economistas aragoneses.

El penitenciario del Pilar de Zaragoza, Antonio Arteta y Monteseuro, es el clásico representante del clero ilustrado provincial. Nacido en Loporzano

(Huesca) en 1745, falleció en Zaragoza en 1813. Doctor en Teología por la Universidad de Huesca, fue socio fundador de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de la que fue miembro de la Clase de Artes, de la Junta de Caridad y Curador de las Escuelas Patrióticas y de Matemáticas. Hizo un alegato en favor de la libertad de comercio con América, abogando por la navegabilidad del Ebro hasta Los Alfaques, puerto que debería pasar a jurisdicción aragonesa. Idea que expresó en su obra *Discurso instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedidos por Su Majestad para el comercio con América*, que fue premiado por la Económica en 1779 y publicado en Madrid un año después. Obra igualmente reeditada en la citada Biblioteca Ernest Lluch de economistas aragoneses. En 1781 aparecía en Zaragoza otra de sus obras, *Disertación sobre el aprecio y estimación que se debe hacer de las artes prácticas y de los que las ejercen con honradez, inteligencia y aplicación*, que había sido también premiada por la Económica unos años antes, en 1778, y que constituye una guía para la mejora de los oficios artesanos. Guía que está impregnada de concepciones mercantilistas y proteccionistas.

Pero el más conocido y divulgado entre los economistas aragoneses es Ignacio Jordán de Asso (1742-1814), jurista, polígrafo y científico. Fue director de las Cátedras de Química y Botánica de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1797-1812) y asesor de Palafox en los dos sitios de Zaragoza durante los cuales redactó la *Gazeta extraordinaria de Zaragoza*. Su padre había sido gobernador y administrador general de la casa del conde de Aranda en Épila desde 1734. Escribió varias obras sobre economía, agricultura, botánica, ciencias naturales y erudición literaria. Latassa le cataloga 43 obras. La más conocida es *Historia de la Economía Política de Aragón* (1798) en la que analiza con rigor documental la agricultura, la industria, la población, el comercio, la moneda, los tributos... e intenta hallar el origen de los males que aquejaban a la economía del Reino y sus posibles soluciones. En 1797 publicó una curiosa *Relación de los experimentos de Agricultura hechos en Zaragoza en el año 1797 acerca del cultivo y rendimiento en pan de diferentes especies de trigo*. Jordán de Asso es considerado el más importante economista, historiador y analista de la sociedad aragonesa de la época, y figura importante de la Ilustración española.

El oscense Tomás de Anzano, escritor y economista, en sus *Reflexiones económico-políticas sobre las causas de la alteración de precios que ha padecido Aragón en estos últimos años en lo general de los abastos y demás cosas necesarias al mantenimiento del hombre* (1768), cifra la riqueza de Aragón en la agricultura y la ganadería, así como en la extensión de los

regadíos y la libertad de comercio de granos, dedicando la exportación de los excedentes agrícolas a Cataluña y Valencia. Como contrapartida se muestra pesimista en el desarrollo industrial y manufacturero. En esta línea van sus *Discursos sobre los medios que pueden facilitar la Restauración de Aragón* (1768). En 1795 tradujo de C. J. Herbert su *Ensayo sobre la policía general de los granos, sobre sus precios y sobre los efectos de la agricultura*.

El ex jesuita, expulsado en Italia, Miguel Dámaso Generés, nacido en La Almunia de Doña Godina (Zaragoza) en 1733, doctor en Teología por la Universidad de Zaragoza, según Batllori fue un elemento importante en la renovación filosófica de la provincia jesuítica de Aragón en una línea orientada al neoclasicismo antibarroco. En 1793 publicó unas *Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes fábricas y comercio de Aragón*, especialmente estudiadas por Ernest Lluch y Alfonso Sánchez Hormigo, que propiciaron en 1995 su reedición en facsímil con un amplio estudio introductorio. A raíz de la publicación de las *Reflexiones* fue nombrado socio correspondiente de la Económica Aragonesa de Amigos del País. Ernest Lluch lo considera como continuador de Arteta de Monteseuro, del que, sin embargo, se distancia por la importancia que Generés da al tema de la población. Precisamente por su actitud poblacionista, Generés es situado entre el grupo de ilustrados españoles que entendían mejor y con menos fatalismo el hecho poblacional, si bien en economía se acerca al modelo neomercantilista de Genovesi.

Por su parte Eugenio Larruga, nacido en Zaragoza en 1747 y fallecido en Madrid en 1803, superando las fronteras de Aragón publicó los primeros 15 volúmenes (de un total de 45) de sus inacabadas *Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercios, fábricas y minas de España* (1787-1800), reeditadas en facsímil por Josep Fontana, para quien posiblemente estamos ante la obra de mayor envergadura e importancia de su época, y que es fuente indispensable para el estudio histórico de la economía española.

Si de la economía pasamos a la botánica, otro de los centros de interés de los ilustrados aragoneses, nos encontramos con tres figuras destacadas.

Félix de Azara, nacido en Barbuñales (Huesca) en 1742 y fallecido en Huesca en 1821, militar, marino y naturalista, fue ya elogiado por Humboldt. Es el aragonés precursor de Darwin. Fue comisionado por el Gobierno para estudiar en América los límites entre los territorios españoles y portugueses. Recorrió el virreinato del Plata (Argentina, Paraguay y Uruguay). Fruto de este viaje fue su obra póstuma *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, publicada en Madrid en 1847. De entre su amplia y variada bibliografía se pueden citar la *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata* y la *Memoria sobre el tratado de Límites de la América meridional*, ambas con una serie de interesantes informes de Félix de Azara, reedi-

tados en facsímil en 1996 por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. *Memorias* que son un fiel testimonio de la labor que llevó a cabo en tierras americanas y en las que se reflejan sus preocupaciones por los problemas que afectaban a sus habitantes, tanto en el aspecto social como económico, y la repercusión de éstos en la metrópoli, en palabras de don José María Royo Sinués. Otras de sus publicaciones fueron *Pájaros del Paraguay*, *Cuadrípedos del Paraguay*, *Viajes a la Amazonía Meridional...* Más próximos a su lugar de nacimiento son *Los jardines del Alto Aragón* y *Los olivos de Alquézar y sus aldeas*.

El zaragozano Eugenio Izquierdo de Ribera y Lezaun, fallecido en París en 1813, fue protegido del conde de Fuentes. Director del Gabinete de Historia Natural, consejero honorario de Estado en tiempos de Carlos IV y Godoy, embajador en París cerca de Napoleón I hasta que a la vista de los planes del emperador regresó a España y aconsejó a Carlos IV en 1808 que se trasladara a Cádiz o a América. Tras el motín de Aranjuez fue encargado de negocios cerca del Gobierno francés durante la estancia de Carlos IV en Francia.

Pedro Gregorio Echeandía y Jiménez, aunque nacido en Pamplona en 1746, prácticamente desarrolló toda su vida profesional en Zaragoza. Farmacéutico y botánico, en 1772 era miembro del Colegio de Boticarios de Zaragoza y propietario de una de las nueve boticas existentes en Zaragoza, en concreto la de la calle de San Pablo. Socio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, fue comisionado por el Jardín Botánico de Madrid para el acopio de semillas, arbustos y árboles criados en Aragón. Dirigió la Cátedra de Botánica en la Económica de Amigos del País e inició el Jardín Botánico de Zaragoza. Escribió *Flora Cesaraugustana. Curso práctico de Botánica*, obra perdida, así como el correspondiente herbario. Hizo la catalogación de la flora según el sistema de Linneo. Introdujo la patata en Aragón, mejoró los rendimientos de cultivos como el melón, sandía, trigo, sésamo, cacahuete..., y cultivó con fines medicinales la adormidera para evitar la importación de opio.

En medicina la figura más destacable de los ilustrados aragoneses es Andrés Piquer y Arrufat, nacido en Fórnols (Teruel) en 1711 y fallecido en Madrid en 1772. Si bien es cierto que nació en Aragón, estudió Filosofía y Medicina en la Universidad de Valencia, donde en 1742 ya era profesor de Anatomía. Razón por la que es considerado «la gran figura de la medicina valenciana» y aun española. Pues en 1751 ya está en Madrid como médico de Cámara, siendo nombrado un año después vicepresidente de la Real Academia Médica Matritense.

Una de sus mayores preocupaciones fue sistematizar e integrar las doctrinas médicas con las filosóficas. Por eso en sus obras se observa una especial

preocupación pedagógica y metodológica, por ejemplo, en *Física moderna, racional y experimental* (1745), y en *Lógica moderna o arte de ballar la verdad y perfeccionar la razón* (1747). Aunque la aportación original de Piquer es considerada por Emilio Balaguer Perigüell como «prácticamente nula», sin embargo destaca su labor de síntesis, sistematización e integración de corrientes y doctrinas médicas y biológicas, «posiblemente única en el siglo XVIII español», siendo su obra más representativa el *Tratado de las calenturas según la observación y el mecanicismo*, publicado en Valencia en 1751, y que se reimprimió en tres ocasiones, siendo traducido al francés y recomendada su lectura en la Universidad de Montpellier. Pero donde Piquer manifestó más su preocupación pedagógica fue en su *Philosophía moral para la juventud española* (Madrid, 1755) y en el *Discurso sobre la aplicación de la filosofía a los asuntos de la religión para la juventud española* (Madrid, 1757).

En el terreno de la literatura el más representativo como hombre de la primera Ilustración es Ignacio de Luzán (Zaragoza, 1702-Madrid, 1754). Escritor, preceptista y crítico literario, abarcó estudios tan variados como la filosofía, la música, la arqueología, la historia, el dibujo, las matemáticas, el latín, el griego, el francés, el alemán y el inglés. Aragón y Madrid fueron el origen y meta de su vida que también transcurrió por Italia y París. Concretamente en Italia residió en Génova y en Milán (durante seis años) pasando después a Nápoles y Palermo donde cursó jurisprudencia, licenciándose en Derecho por la Universidad de Catania. De regreso a España, en 1733, vivió en Monzón, Zaragoza y Huesca. Posteriormente, en 1741, se trasladó a Madrid donde fue nombrado miembro honorario de la Real Academia de la Lengua, y en 1745 de la de la Historia. Como Ignacio de Luzán ha tenido ya en el curso un apartado especial, sólo quisiera incidir en dos de sus obras: *La Oración gratulatoria* y *La Poética*.

La Oración gratulatoria le abrió las puertas de la Academia de Buenas Letras de Barcelona (1752), la Academia de San Fernando y la Real Academia de la Lengua de la que fue nombrado miembro honorario. En esta *Oración* analiza la función social de la literatura. Las buenas letras —dirá— hacen un buen ciudadano, apto para recibir todas las demás ciencias y artes. Ciudadano que no sólo se ocupa de su felicidad, sino de la de los demás. Buen repúblico ama y busca la prosperidad de su patria y el bien de su nación. Luzán desea que todos experimenten la verdadera felicidad humana que depende de la práctica de las virtudes más sociables.

Pero la obra especialmente significativa de Luzán es *La poética*, considerada como el tratado más importante de la literatura de su tiempo. Abarca cuatro libros: 1) origen, progresos y esencia de la poesía; 2) utilidad y debate de la poesía; 3) tragedia, comedia y otras poesías dramáticas; y 4) poema épico (naturaleza y definición).

A caballo entre la literatura, la pedagogía y el feminismo, la zaragozana Josefa Amar y Borbón (1753-1805) alternó —al igual que Luzán— su vida entre Zaragoza y Madrid. Hija del médico de Cámara de Fernando VI, José Amar, y de Ignacia de Borbón. Su primer trabajo de importancia fue la traducción del *Ensayo histórico apologético de la literatura española contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos*, del jesuita español expulso en Italia, Francisco Javier Lampillas, que Josefa Amar publicó en Zaragoza en seis tomos entre 1782 y 1789. El original había sido editado en Génova entre 1778 y 1781. En este libro el autor intenta probar que Italia fue la principal causa de la decadencia de las ciencias y letras, tanto en su propio seno como en los otros países. Y a continuación señala que España poseía escritores de mérito cuando la mayor parte de las otras naciones de Europa estaban todavía inmersas en la barbarie; que los españoles habían escrito y tratado todos los géneros de literatura y de ciencias y que esta literatura había influido en la de los otros pueblos. La polémica provocada por el ex jesuita hizo que Josefa Amar en 1786 añadiera un séptimo volumen titulado *Respuesta del señor abate Don Xavier Lampillas a los cargos recopilados por el señor abate Tiraboschi... sobre el Ensayo Histórico Apologético de la literatura española...* Josefa Amar en él incluye el índice alfabético de los principales autores y materias que aparecen en los seis tomos anteriores. A raíz de esta traducción, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País la nombró, en 1782, socia de mérito y le encargó la traducción del toscano del *Discurso, sobre si corresponde a los párrocos y curas de aldea instruir a los labradores en los elementos de la economía campestre*, de Francesco Grisellini (1783). Traducción que va precedida de un inteligente prólogo en el que se aboga por buscar en el extranjero «las luces que necesitamos, principalmente en la Física, Artes prácticas y Economía civil». Y en concreto se alude a las Actas de la Regia Sociedad de Londres, de la Real Academia de París, y las ya famosas Sociedades de Bretaña, Berna y Dublín. Unos años después Josefa Amar y Borbón publicaba un *Discurso en defensa del talento de las mujeres y otros cargos en que se emplean los hombres* (1786). Al año siguiente la Junta de Damas de la Sociedad de Madrid la nombraba socia de honor y mérito, y en 1790, a raíz de la publicación del *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, era designada socia de mérito de la Real Sociedad Médica de Barcelona. Esta obra fue analizada con detalle por Eloy Fernández Clemente en su tesis doctoral *La Ilustración aragonesa* (Zaragoza, 1973).

Íntimamente vinculado con la eficacia de la verdad y el progreso, Francisco Mariano Nipho y Cagigal (Alcañiz, 1719-Madrid, 1803) destaca como periodista divulgador de las ideas de su época. Es el introductor en España del impreso diario y político y creador de una nueva forma de comunica-

ción. El profesor Enciso Recio le considera el iniciador del periodismo moderno. Con la Ilustración, la prensa se convirtió en el medio más eficaz para la difusión de las nuevas ideas y aportaciones en el terreno de la economía, así como en el de las reformas y actividades del Gobierno.

Nipho llegó a fundar, subvencionar y colaborar en más de veinte periódicos. Entre ellos el primer diario de habla española, *Diario noticioso curioso-erudito y comercial, público y económico* (1758). En él supo entremezclar la información, la erudición y la publicidad. En 1759 ayudaba a poner en marcha el *Diario de Madrid* o *Diario noticioso universal*. Un año después le llegaba el turno al *Caxón de Sastre* que enriqueció el periodismo literario del siglo XVIII español. En 1761 con *El Murmurador imparcial* introdujo el humor que años más tarde, en 1767, continuaría en *El Bufón de la Corte*. En 1762 en la *Estafeta de Londres* utilizó el recurso literario de publicar cartas supuestamente escritas desde Londres informando de las prácticas y costumbres de aquel país incitando indirectamente a reformar las propias. En el *Diario extranjero* (1763) se dedicó a la divulgación de noticias extranjeras, en tanto que en *El Pensador cristiano* buscó una clientela más específica. Ese mismo año sacaba a la luz el semanal *Correo General de Europa* y en 1770 el *Correo General de España*. En 1786 le tocaba el turno al *Correo de Madrid* o *de los ciegos*. Francisco Mariano Nipho [Nifo] y Cagigal se sitúa por méritos propios en la primera línea del periodismo español. Pero de un periodismo accesible a todos con el objetivo de divulgar la cultura utilitaria, la educación y la reforma económica. Además de periodista, Nifo fue un escritor y traductor muy prolífico. Pasan de 90 los escritos de este autor que son de lo más variados: diálogos, discursos, versos, novelas y varias comedias.

Frente a la prolífica labor de Nifo, al también turolense Juan Martínez Salafranca (1697-1772), sacerdote y escritor, se le recuerda más que por su obra por la participación en empresas culturales. En Madrid fue capellán del Buen Consejo y del Colegio Imperial de San Isidro y habitual a la tertulia de Hermosilla donde se gestó la Academia de la Historia de la que fue nombrado presidente hasta que dicha Academia fue oficial y recibió el título de Real. Colaboró en la fundación y redacción del *Diario de los literatos de España*, publicación trimestral que inició su andadura en 1737, desapareciendo en 1742, y que contó con la protección del rey y la subvención de la Secretaría de Hacienda. Dicha revista es un testimonio interesante y polémico de las ideas estéticas de la época. Martínez Salafranca fue también autor de varias obras menores como las *Memorias eruditas de las artes y de las ciencias*, *Memorias de antigüedades de Madrid, Alcalá y de otros pueblos*, etc.

De los 135 periódicos españoles importantes publicados a lo largo del siglo XVIII, 69 de ellos se imprimían en Madrid. En el mismo período de tiempo en Aragón, concretamente en Zaragoza aparecen sólo cinco publica-

ciones periódicas, al margen del famoso *Diario*, de Casamayor, que era de carácter personal. La primera de ellas, *El Mercurio Veloz*, publicación bise-manal, apareció en 1703. En 1733 se iniciaba la *Gaceta de Zaragoza* con noticias de Europa, de la corte y algunas de Aragón, sobre todo nombra-mientos, ya que la *Gaceta* tenía vocación de «Boletín Oficial» del ex Reino de Aragón. En 1734 aparece *El Duende de Zaragoza*, de carácter satírico. Por su parte, *El Semanario de Zaragoza* salió a partir del 1.º de enero de 1789 como vulgarizador de materias literarias y científicas. En él colabora-ron Ignacio de Asso, Félix Latassa y José Mor de Fuentes. Finalmente, el *Diario de Zaragoza* fue el primer periódico local aragonés propiamente dicho. Nació el 22 de enero de 1797 y continuó hasta 1907.

La historia eclesiástica contó con la atención y dedicación del P. Ramón de Huesca (Pompién-Huesca, 1739-Huesca, 1813), que es el nombre que Ramón Pérez Ubico adoptó al profesar como fraile menor capuchino en 1755 en el convento de San Francisco de Huesca. Profesor de Artes, Teolo-gía y Humanidades, su fama de excelente orador quedaría eclipsada para la posteridad, que le recuerda sobre todo por su *Teatro histórico de las iglesias del Reyno de Aragón*, publicado en 9 volúmenes entre 1780 y 1807. A juicio de Federico Balaguer es la obra más valiosa de historia eclesiástica aragone-sa de los tres últimos siglos.

Más o menos ligado con los capítulos anteriores hay que referirse al canónigo y deán de La Seo Zaragoza, Félix de Latassa y Ortín (Zaragoza, 1735-1805) considerado con justicia el más importante bibliógrafo de la lite-ratura aragonesa. Doctor en Teología por la Universidad de Zaragoza, de sus escritos, el más famoso y conocido es *Biblioteca de escritores aragoneses* en el que recoge y documenta con gran rigor, después de recorrer múltiples archivos y bibliotecas particulares y públicas, las vidas y obras de todos los escritores habidos en Aragón desde el nacimiento de Cristo hasta el siglo XVIII. En una primera parte llega hasta el año 1500. Y en la segunda, que subtítulo «Biblioteca nueva», se extiende hasta sus contemporáneos.

Más tarde, en 1884-1886, para facilitar el uso de esta emblemática obra, el archivero del Colegio de Abogados de Zaragoza, Miguel Gómez Uriel, le dio la forma de diccionario biobibliográfico de autores aragoneses, pues la consideraba como la obra más rica y abundante de cuantas en su género se habían publicado en España. Sin embargo, con esta refundición alfabética traicionó la intención del propio autor quien, apartándose del orden alfabé-tico adoptado por algunos autores, había preferido el de los tiempos siguiendo el método iniciado por la *Bibliotheca hispana vetus* y *Bibliotheca hispana nova* (1672-1696), del bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio.

En Arte, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País dio un paso importante en 1792 al pedir al rey que se dignase elevar el Estable-

cimiento de Dibujo al título y denominación de Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis. Sirvió de intermediario en la gestión el conde de Aranda, recién nombrado secretario de Estado, quien la llevó a cabo con éxito. Uno de los encargados de manifestar a Aranda la gratitud de la Económica Aragonesa fue Francisco Bayeu (Zaragoza, 1734-Madrid, 1795), primer pintor de Cámara de Carlos III, director y conservador de las Pinturas de los Reales Sitios y director general de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. A su muerte, Bayeu fue declarado Académico de Honor y Mérito de la de San Luis de Zaragoza.

Otro académico distinguido de la Real de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, que lo declaró Académico de Honor y de Mérito el 30 de enero de 1796, fue Francisco de Goya y Lucientes (Fuendetodos, 1746-Burdeos, 1828), primer pintor de Cámara de Carlos IV, académico de la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, director de Pintura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid y Caballero de la Orden Real de España (1811).

Tanto Goya como Francisco Bayeu, y sus hermanos Ramón y Manuel Bayeu, son de sobras conocidos, así como don Juan Martín Goicoechea y Galarza (1732-1806), el verdadero artífice de la Escuela de Dibujo de Zaragoza que fue nombrado por Carlos IV vicepresidente perpetuo de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis.

También es digno de destacar en este capítulo José Luzán Martínez, que nació y murió en Zaragoza (1710-1785). Después de Goya y los Bayeu, de quienes fue maestro, es considerado el pintor más destacado de la pintura aragonesa del siglo XVIII. Protegido por los Pignatelli, fue enviado a Nápoles en 1730 para completar su formación. Allí permaneció cinco años. A su regreso alcanzó gran éxito siendo nombrado por Felipe V pintor supernumario de la real casa. Colaboró en la Academia de Dibujo entonces existente en Zaragoza (fundada en 1714 por el escultor Juan Ramírez) y en la que él mismo se había iniciado, consiguiendo que en 1754 dicha Academia se instalara en el piso bajo del palacio que los Pignatelli tenían en el Coso de Zaragoza. Allí se formaron en el dibujo y técnica al óleo, entre otros, Francisco y Ramón Bayeu, y Francisco de Goya.

Menos conocido es el abate Requeno a pesar de los beneméritos esfuerzos de su biógrafo Antonio Astorgano. El jesuita expulso Vicente Requeno y Vives había nacido en Calatorao en 1743 y falleció en Tívoli en 1811. Su obra *Ensayos sobre la restauración del arte antiguo de los pintores griegos y romanos*, publicada en 1784, mereció la protección del embajador español ante la Santa Sede, José Nicolás de Azara, por haber descubierto la verdadera pintura al encausto muy usada por los grecorromanos y cuyo secreto, según Requeno, basado en la cera púnica diluida, se había perdido. Tanto

Vicente Requeno como su compañero de exilio, amigo y protector, José Pignatelli (Zaragoza, 1737-Roma, 1811) fueron elegidos miembros de honor de la Academia Clementina de Bellas Artes de Bolonia en la que ingresaron simultáneamente el 7 de enero de 1785. Requeno, en su breve estancia en Zaragoza, entre 1798 y 1801, participó muy activamente en las tareas de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, donde reorganizó el Medallero o Museo Numismático y el Gabinete de Historia Natural. Con este motivo publicó *Medallas inéditas antiguas existentes en el Museo de la Real Sociedad Aragonesa* (1800), que dicha sociedad consideró como una de sus publicaciones emblemáticas. Fue nombrado Académico de Honor de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza (7 de agosto de 1799) y poco después, el 1 de septiembre, de la de San Fernando de Madrid.

Capítulo especial merece el grupo de políticos aragoneses al servicio del rey y sus reformas. Y, en primer lugar, hay que citar al zaragozano Manuel de Roda (1708-1782). Doctor en Derecho por la Universidad de Zaragoza, ejerció de abogado en Madrid, de donde el ministro Ricardo Wall le envió como agente de preces a la Embajada de Roma. Al morir el embajador Portocarrero le sucedió en el cargo Roda, hasta que de regreso a Madrid fue nombrado ministro de Gracia y Justicia, participando directamente en la reforma de las Universidades y de los Colegios Mayores. Roda fue un lector ilustrado. Su biblioteca particular de 18.000 volúmenes se encuentra hoy en Zaragoza en el Seminario de San Carlos, antiguo colegio de los jesuitas, en cuya expulsión tuvo un especial interés y protagonismo.

Le sucedió en Roma otro aragonés, José Nicolás de Azara, nacido en 1730 en el oscense pueblo de Barbuñales, y fallecido en París en 1804. José Nicolás, célebre diplomático de Carlos III y Carlos IV, mecenas de Mengs, fue un gran coleccionista de arte. Amante de los libros, su biblioteca privada de Roma alcanzó los 20.000 volúmenes, según propio testimonio de Azara, si bien en el Catálogo de venta *post mortem* realizado en 1806 (y reeditado en 1997 por Gabriel Sánchez Espinosa) solamente se hace referencia a 3.267 obras en 5.772 volúmenes; lo que tampoco es de extrañar dado el expolio que sufrieron todas las bibliotecas y archivos públicos y privados de Roma con la ocupación napoleónica y cuyos fondos hoy se encuentran repartidos —especialmente los incunables— entre la Bibliothèque Nationale y la de Sainte Geneviève de París.

La estancia de Azara en Roma duró treinta y dos años, primero como agente de preces y luego como embajador plenipotenciario. Conoció a cuatro pontífices, Clemente XIII, Clemente XIV, Pío VI y Pío VII. Fue amigo y consejero de José II de Austria, Catalina II y Pablo I de Rusia, y Federico de Prusia. También participó directamente en la expulsión de los jesuitas, y

años después en el armisticio de Bolonia para intentar salvar a Roma. Acabó siendo embajador de España y Parma en París.

En 1776 publicó la traducción de Bowles, *Introducción a la Historia Natural y Geografía física de España*, así como las *Obras de Garcilaso de la Vega* del mismo Bowles. También se ocupó de las obras de Antonio Rafael Mengs, del poeta español Prudencio, y de las de Horacio y Virgilio.

Mientras estuvo en Roma convirtió el Palacio de España en un centro de tertulias literarias y eruditas, así como de grandes empresas filológicas y estéticas, especialmente con las ediciones bodonianas de Horacio, Catulo, Tíbulo y Propercio, y la difusión de las obras de Mengs y de Francesco Milizia, creadores de la estética neoplatónica y de la belleza ideal. José Nicolás de Azara estableció un puente de relaciones político literarias entre España e Italia.

Pero la saga de los Azara, como ya hemos visto, tuvo otro destacado representante en el ilustrado Félix de Azara; así como en sus hermanos Eustaquio, obispo de Barcelona; Lorenzo, presidente del Cabildo catedralicio de Huesca y maestreescuela de la Universidad Sertoriana; Mateo, oidor de la Audiencia de Barcelona; Antonio, que fue el heredero de la Casa; y su hermana Mariana, casada con Bardají y madre de Eusebio, diplomático y tres veces ministro de Estado con Fernando VII; Dionisio que fue cardenal, y Anselmo, célebre marino.

Y, en último lugar, aunque debería ser el primero, hay que citar a Pedro Pablo Abarca de Bolea y Aragón, X Conde de Aranda (Siétamo, 1719-Épila, 1798) quien a juicio de Loupés, «de los grandes ministros de Carlos III, el conde de Aranda es sin duda el más célebre». Para Ernest Lluch no es un revolucionario, pero tampoco un déspota del tipo de «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Ya que, según John Lynch, fue un moderador de la monarquía, un puente entre el rey y el pueblo. Se separó de una nobleza poderosa y antirreformista que no era necesaria, ni quería evolucionar, y dedicó toda su vida al servicio de cuatro reyes, Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, ejerciendo de militar (llegando a capitán general de Valencia y después de Castilla), diplomático en Lisboa, Varsovia y París, y primer ministro de Carlos III y su equivalente, secretario de Estado, de Carlos IV. Debido a la continuada labor política sólo pudo volver de forma esporádica a sus tierras aragonesas, si bien se mantuvo muy cerca de Aragón y sus problemas. Y lo hizo bien directamente a través de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de la que fue uno de sus fundadores, y en política a través del llamado «partido aragonés», término que acuñó el historiador Coxe y que luego desarrolló, estudió y popularizó el profesor Olaechea, y que no era otra cosa que Aranda y unos cuantos partidarios afines a su persona y forma de pensar sobre cuestiones políticas, administrativas,

económicas y culturales. Frente a lo ocurrido en otros lugares, las miras patrióticas del «partido aragonés», su mentalidad, rebasaban lo puramente regional, y se extendían a toda España, a su forma de gobierno (que pretendía fuera «monárquico estamental», y no «monárquico absolutista»), y a la administración política, económica, social y cultural de todo el país.

En este grupo aragonés entraron a formar parte, además de Aranda, los condes de Fuentes, Ricla, Sástago y Sobradíel; los marqueses de Ayerbe, Lazán y Coscuyuela y Ariza; los duques de Híjar y Villahermosa; el canónigo don Ramón Pignatelli, Roda, y una serie de clérigos, camaristas, consejeros, covachuelistas, empleados de la Administración y miembros de embajada, a todos los cuales se unía, por razones de índole profesional, la clase militar adicta a Aranda.

Además, estaban respaldados por unos cuantos economistas, como Ignacio Jordán de Asso, el catedrático Normante y Tomás Anzano que no dejaban de urgir a la nobleza aragonesa la promoción de la industria y el comercio, y les aconsejaban que se retiraran a sus tierras provincianas, pues una de las razones de la hostilidad de los «golillas» hacia ellos provenía de la perjudicial costumbre que tenían los señores ricos de ir a vivir a la corte con la consiguiente languidez de las provincias, la decadencia de las artes y las fábricas, por no hablar del estancamiento del dinero.

Estos nobles aragoneses, a los que hay que añadir otras personas conspicuas como Martín Goicoechea y Martín de Garay, no sólo pertenecían a la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, sino que también eran miembros de otras academias, y algunos incluso fundadores de ellas.

Precisamente, el conde de Aranda fue fundador tanto de la Económica Aragonesa de Amigos del País como de la de Bellas Artes de San Luis, y lo fue a distancia, pues en el primer caso estaba de embajador en París, y en el segundo de secretario de Estado en Madrid.

La vinculación de Aranda a la Económica Aragonesa existió incluso desde las reuniones celebradas por la Junta Preparatoria a comienzos de 1777. Ese mismo mes y año escribió desde París una carta dirigida a su primo Ramón Pignatelli, que fue considerada en Zaragoza «un pequeño Código de Constituciones sociales». En ella describía los fines a los que debía aspirar la Sociedad, así como los estorbos que tenían que evitar.

Aranda centra la verdadera problemática de la Económica Aragonesa de Amigos del País, insistiendo en lo particular aragonés y su problemática. Después de dejar constancia de «tantos daños y abandonos que de siglos tienen aniquilado al Reino de Aragón» pasa a analizar algunos de ellos, que tienen tanta actualidad hoy día como en el siglo XVIII: «La felicidad de un Reino consiste en su mayor población, y el aumento de ésta pende de la abundancia de frutos para su mantenimiento, y de muchas artes en que

emplearse los demás que tiene que cultivar, consumiendo al mismo tiempo las cosechas, sin cuyo despacho no hallarán su cuenta los cultivadores para premio de su sudor y resarcimiento de sus gastos».

Y añade: «La regla cierta para enriquecer un Reino es que con sus producciones y fábricas se atraiga más dinero que salga de él; y que la industria se valga con preferencia de las especies proporcionadas en su suelo, sin aplicarse a las de afuera más que en lo indispensable, y sin dar lugar a que se extraigan en su primer ser para que el extranjero viva, y gane con ellas en la mano de obra, y aun las vuelva a introducir donde las sacó, cuando el país que las produce pudiera trabajarlas, y disfrutar toda la ganancia. El movimiento de lo que la tierra y aplicación de los brazos puede dar de sí es el alma de un país». Tras estas palabras que no necesitan comentario, concluye Aranda diciendo que «la Sociedad tiene que dedicarse al restablecimiento del Reino y a fomentar su auge».

Y para fomentar el auge y desarrollo de Aragón, Aranda, en una nueva carta del 19 de mayo de 1777, retoma la idea —que hemos visto fue muy recurrente en economistas y pensadores aragoneses de la Ilustración— de que la navegación del Ebro era necesaria para enriquecer y poblar este Reino. Respecto a la posibilidad de llevar a cabo dicho proyecto, el conde aportó pruebas a pesar de las presas o cozudas de este río, apuntando el modo de dejarlas intactas. Más aún, recordó también el decreto del año 1704 con el que la Reina Saboyana, como Gobernadora durante la ausencia napolitana de Felipe V, agregó al Reino de Aragón la ciudad de Tortosa y los Alfaques con el fin de que todo el curso del Ebro, llegando a ser navegable, pudiese estar bajo las mismas manos y gobierno. Poco después regalaba Aranda a la Económica Aragonesa de Amigos del País los 25 tomos de los tratados de las Artes del Canal de Languedoc y otros del Reino de Francia.

En síntesis, y a la vista de lo anterior, por lo que respecta a Aragón, más que de una Ilustración aragonesa habría que hablar de una serie de importantes ilustrados aragoneses de nacimiento, cosmopolitas en ideología e internacionales en su profesión, y que aunque sus vidas transcurrieron en gran medida fuera de Aragón y de España, no por ello dejaron nunca de sentirse profundamente ilustrados y aragoneses, mucho antes de que historiografías romántico-patrióticas posteriores instrumentalizaran y territorializaran la Ilustración española en una búsqueda de rasgos singulares regionales o nacionales.